

en 29 de octubre cerca de Freiberg sobre el ejército federal mandado por el príncipe de Stolberg, reforzado por algunas divisiones austriacas. La alegría del rey fué grande y le hizo escribir á su hermano victorioso: «Las buenas noticias me han rejuvenecido 20 años; habeis prestado al Estado un servicio tan grande, que no puedo expresar bastante mi gratitud.»

En el Hesse tambien habia concluido la campaña el príncipe Fernando con habilidad y fortuna extraordinarias. Habia sorprendido y derrotado en 24 de junio, cerca de Wilhelmsthal, á los dos mariscales Estrées y Soubise, los cuales á consecuencia de este golpe hubieron de renunciar á sus posiciones cerca de Cassel, y evacuar á Gottinga. El 23 de julio habia Fernando derrotado tambien cerca de Lutternberg al cuerpo sajón mandado por el príncipe Javier, y aunque los franceses derrotaron el 30 de agosto al príncipe heredero de Brunswick en el monte Johannesberg cerca de Nauheim, y se apoderaron en 21 de setiembre del castillo de Amöneburg despues de una sangrienta accion junto al molino del puente, tuvieron al fin que dar por perdido el territorio del Hesse. Solo la guarnicion que habian dejado en Cassel resistió, á las órdenes del general Diesbach, al sitio que le puso el príncipe Fernando el 17 de octubre con 13,000 hombres y 72 piezas de artillería; pero al saber Diesbach, por una carta del mariscal Soubise, que no podia contar con ningun socorro, y que no le quedaba mas alternativa que abrirse paso con sus tropas por en medio de los sitiadores ó capitular, decidióse por este último extremo en 1.º de noviembre, dos días antes de firmarse en Fontainebleau los preliminares de la paz entre Inglaterra, Francia y España.

Estos preliminares del 3 de noviembre no correspondian á la nueva situacion que habia creado la guerra en 1762. La escuadra inglesa habia hecho una conquista tras otra, arrancando á principios del año á los franceses sucesivamente la Martinica, Granada, las Granadinas, Tabago, Santa Lucía y San Vicente; luego en agosto á los españoles la Habana, y finalmente en octubre el general Draper tomó á Manila y se apoderó de las Filipinas. La guerra terrestre en la cual las tropas francesas y españolas habian invadido el neutral Portugal (1) no les produjo ninguna ventaja y solo tuvo por resultado que el gran ministro Pombal y el guerrero alemán conde de Schaumburg Lippe pusiesen en campaña un considerable ejército que con el auxilio inglés rechazó bizarramente á los dos invasores. Francia y España tenian grandes motivos para espantarse de esta nueva manifestacion pública de su impotencia; mientras el jefe del ministerio inglés, lord Bute, se hallaba en continuo sobresalto con las repetidas victorias de las armas inglesas, porque no veia en cada conquista sino un nuevo obstáculo á la paz, en favor de la cual estaba resuelto á hacer toda clase de sacrificios por poco que pudiese responder de ellos ante el parlamento.

En la paz de Paris que sobre la base de la preliminar de Fontainebleau fué firmada el 10 de febrero de 1763 por el duque de Choiseul-Praslin en representacion de la Francia, el marqués de Grimaldi por España, el duque de Bedford por la Inglaterra, á los cuales se agregó el mismo día el de Portugal, tuvieron poca influencia los sucesos marítimos mas recientes; porque las Filipinas y la Habana fueron restituidas á España; y se devolvieron á la Francia además de Belleisle, la Guadalupe, Marigalante y Desseada, la Martinica y Santa Lucía, quedando para la Inglaterra de las conquistas del último año la Dominica, Granada y las Granadinas, San Vicente y Tabago. La España tuvo que renunciar al derecho de pesca en las aguas de Terranova, pero este derecho

(1) Portugal habia proclamado su neutralidad, pero no podia sostenerla y al fin se puso del lado de Inglaterra. De aquí resultó la invasion. (N. del T.)

fué concedido á la Francia juntamente con las islas de San Pedro y Miquelon con la condicion de no fortificarlas jamás. Inglaterra ofreció arrasar las fortificaciones que habia levantado en el golfo de Honduras y en otros puntos de la América española, en cambio de lo cual prometió España no molestar á los súbditos ingleses en el corte de palos tintóreos, y consentirles la construccion de almacenes y aun de casas para viviendas.

Las condiciones mas importantes se refirieron al continente norte americano, donde la Francia cedió á la Inglaterra todo el Canadá, la Nueva Escocia (la Acadia), el Cabo Breton, todas sus posesiones en el valle del rio San Lorenzo y toda la Luisiana al Este y Norte del Mississippi. La Francia además por un tratado secreto cedió á España la parte de la Luisiana situada al Sur y Oeste de este rio con Nueva Orleans; pero la España no tomó posesion de este territorio hasta el 18 de agosto de 1769, dándose con esto por indemnizada de la parte de la Florida que cedió á la Inglaterra y de la isla de Menorca que la Francia restituyó á la Gran Bretaña, en lugar de entregarla á la España.

En la costa occidental del Africa fué devuelta á la Francia la pequeña isla de Gorea; pero la Francia tuvo que ceder á los ingleses su gran establecimiento del Senegal con todos los fuertes y factorías.

En las Indias Orientales se restituyeron mutuamente Francia é Inglaterra todas las conquistas que se habian hecho desde 1749; es decir, que los franceses recibieron algunos pocos puntos, entre ellos la plaza de Pondichery, casi arrasada; pero á los ingleses les quedó todo el vasto imperio indico.

Cinco días despues de la paz de Paris se hizo el tratado de Hubertusburg que restituyó la paz á Alemania (2). A pesar de no ofrecer esta obra ni con mucho las dificultades que habia ofrecido la paz de Paris, costó negociaciones delicadísimas para hacer aceptar la base, por demás sencilla, de restablecer el orden de cosas tal como estaba antes de la guerra. El Austria se resistió con tenacidad desesperada hasta que finalmente María Teresa vió que todos sus aliados alemanes la abandonaron definitivamente. Para obligar á la Baviera, Wurtemberg y los soberanos menores del imperio germánico á llamar á sus contingentes del ejército federal, bastó que Federico el Grande, en noviembre de 1772, mandara al mariscal de campo Kleist hacer una excursion por la Franconia, la cual aterrorizó tanto á aquellos miembros del imperio, que uno tras otro firmaron su tratado de neutralidad con la Prusia, á pesar de la presion del Austria. La misma corte de Viena provocó la desercion de la Sajonia, cuando en sus primeras proposiciones de paz presentadas en Hubertusburgo, su enviado, el consejero Collenbach, pidió ventajas para su gobierno, y para su aliada la Sajonia solo una paz general y equitativa, mientras el plenipotenciario prusiano Hertzberg insistió inexorablemente en el restablecimiento puro y simple del *status quo ante bellum*, con exclusion de toda cesion de territorio y de toda indemnizacion.

En 19 de enero los plenipotenciarios sajones Fritsch y Gutschmid declararon al representante austriaco que la Sajonia se arruinaba esperando la resolucion del Austria; que no podian sobrelevar por mas tiempo las penalidades por que pasaba el país, y que de consiguiente renunciaban á toda indemnizacion. Por otra parte insistió Hertzberg en que su soberano no restituiria la Sajonia hasta que el Austria le hubiese entregado el condado de Glatz con sus forti-

(2) Véase la obra de C. de BEAULIEU-MARCONNAY, escrita en vista de documentos originales: *La Paz de Hubertusburgo*. Leipzig 1871.

ficaciones y artillería, y en efecto, en 31 de enero participó Collenbach á la conferencia que la emperatriz accedia á esta condicion con tal que se dejara satisfecha á la Sajonia. Con esto quedó resuelta la última dificultad, y pudieron firmarse en 15 de febrero de 1763 los dos convenios por los cuales se devolvieron al elector de Sajonia sus territorios alemanes, y al rey de Prusia la Silesia con el condado de Glatz, ganando el Austria el voto electoral del Brandeburgo para la eleccion del archiduque José para rey de romanos ó sea sucesor del emperador de Alemania. El imperio germánico quedó incluido en el tratado mismo; y con esto se puso término á una guerra en la cual habian tomado parte casi todas las potencias de Europa, no para arrancar la Silesia á la Prusia como creian los ignorantes, sino, como dijo con

toda verdad Federico el Grande, para *aniquilar la casa de Brandeburgo y borrar para siempre el nombre de Prusia*.

El rey Federico se mostró en todas estas negociaciones maestro consumado en la diplomacia, como lo era en la estrategia, y sus pensamientos al concluir las constan en una carta que escribió en 25 de febrero desde Dahlen al marqués de Argens: «Lo mejor de todas estas negociaciones es la paz, y todos los buenos ciudadanos pueden felicitarse de ella. Yo, pobre anciano, vuelvo á una ciudad de la cual solo conozco las murallas, donde no he de encontrar ya á ninguno de mis amigos, donde me aguarda un trabajo inmenso y donde dentro de poco habré de ocultar mis viejos huesos en un retiro fuera del alcance de toda guerra, de todas las desgracias y de la perversidad de los hombres.»

LIBRO OCTAVO

DESPOTISMO E ILUSTRACION

I.—LOS COMIENZOS DE POMBAL EN PORTUGAL

El pequeño Portugal tuvo una época de gloria en el siglo xv y á principios del xvi; y hasta en el siglo xviii experimentaba todavia las duras consecuencias de la época de su gloria y las de los males que le habia acarreado el dominio extranjero que siguió á aquella época.

Entonces era Lisboa capital como ahora; pero no tenia comercio; su magnifico puerto solo servia de punto de arribada para buques extranjeros que pasaban de largo; pero vino el príncipe Enrique (1394-1460), hijo del rey Juan I, y construyó en el último extremo Sudoeste del país, siendo gobernador vitalicio del Algarbe, algunos establecimientos destinados á adquirir fama universal. Entre ellos estaba el castillo levantado en el promontorio de Sagres, en el cual fundó el primer observatorio astronómico de Portugal, una escuela de cosmografía y un arsenal marítimo. Tambien utilizó el inmediato puerto de Lagos para punto de reunion de la escuadra que envió á estudiar mares desconocidos y descubrir ignotas tierras. Este príncipe, á quien la posteridad ha llamado el *marino*, fué quien despertó en los portugueses la ambicion de los descubrimientos y la aficion á la navegacion. En su escuela y en sus escuadras se formó una generacion de navegantes atrevidos, cuyo orgullo fué abrir mares nuevos á la navegacion, penetrar en tierras desconocidas, someter pueblos salvajes y pasar por peligros que ningun europeo habia arrostrado todavia. Este príncipe calificaba la resolucion y la perseverancia, con las cuales formó su escuela marítima para empresas cada día mayores, de «talento de hacer las cosas bien (*talent de bien faire*).» A su iniciativa y auxilio se deben los primeros descubrimientos positivos en la costa Noroeste del Africa, que acabaron con la opinion errónea de Tolemeo de la imposibilidad de habitar la zona tórrida; con lo cual preparó el viaje de circunnavegacion de todo el continente africano que hasta entonces habia sido el gran obstáculo para llegar por mar á las Indias. Un paje del príncipe dió el primero la vuelta por el temido cabo Bojador en 1434, con lo cual quedó abierto el camino al Río de Oro y á la bahía de Arguim. Una escuadra enviada

tambien por el mismo príncipe pasó en el año de 1445 por delante de la embocadura del Senegal y llegó hasta el Cabo Verde. Antes de su fallecimiento se descubrió el rio Gambia, y en el año de su muerte fueron descubiertas las islas de Cabo Verde. Veintiseis años despues emprendió Bartolomé Diaz la célebre expedicion que llegó hasta el Cabo de Buena Esperanza, y en el reinado del rey Manuel el Grande llegó Vasco de Gama, en 1498, á las mismas Indias Orientales, donde cinco años despues echó Alfonso de Albuquerque los cimientos de un nuevo imperio portugués. Poco antes, en el año 1500, la corriente del mar habia llevado á una escuadra portuguesa mandada por Cabral en direccion Sudoeste impensadamente á la costa del Brasil. Cuando murió el gran marino Albuquerque el 16 de diciembre de 1515, dominaban los portugueses desde su fortaleza de Goa sobre todos los reyes y naciones de la India Anterior; y desde Malaca tenian en sus manos todo el riquísimo comercio del archipiélago indico, que extendieron muy pronto hasta Siam, la China y el Japon. De esta manera quedaron echados los cimientos de un inmenso imperio marítimo, sin igual en la historia, y por los nuevos caminos abiertos al comercio llegaron los tesoros del lejano mundo indico á la pequeña metrópoli con una abundancia que habria dado vértigo á cualquiera nacion mas poderosa y mas rica que el pobre pueblo portugués.

Cuando tocó á su fin el brillante reinado del rey Manuel, que murió el 13 de diciembre del año 1521, era Portugal el país mas opulento en oro, joyas y piedras preciosas de todo el Mediodía de Europa; pero su riqueza no era sana; para emplearla en provecho habia venido demasiado súbitamente; y en lugar de fomentar la aficion al trabajo y el espíritu de economía, produjo todo lo contrario; pues que tenia mas bien el carácter de botin adquirido por soldadesca, que de riqueza propia y verdadera. La superabundancia del metálico tuvo por resultado un lujo demente y una fiebre de oro que luego se extendió á todas las clases de la poblacion; el trabajo con el arado y en el taller, misero de sí, no produjo ya nada para competir con los precios elevados de los demás productos, mientras el tráfico con las especias ultramarinas

y el servicio en las flotas procuraba beneficios inmensamente superiores. De este modo las fuerzas productivas y de empresa del país cayeron en un torbellino que las extravió de su destino verdadero nacional, y sometió la dicha de la nación al capricho ciego de las olas y de los vientos.

Así como en el reinado del gran rey Manuel el reino de Portugal careció de sistema económico propio, del mismo modo en el reinado de Juan III (1521-1557) careció el reino de política y el dominio de la inquisición y de los jesuitas fué el precursor de la dominación extranjera de los españoles. Bajo el influjo español revocó este débil soberano la ley que él mismo había confirmado, promulgada por D. Manuel en 1507, la cual daba á los *cristianos nuevos*, que así se llamaban los judíos convertidos, los mismos derechos que tenían los cristianos viejos. Además, á pesar de los esfuerzos solícitos de dos papas consecutivos, Clemente VII y Paulo III, en favor de los judíos convertidos y atropellados, empeñóse el rey en introducir en su reino la inquisición española, que efectivamente en el año 1536 hizo su solemne entrada con todas sus bendiciones sabidas, en el reino de Portugal (1). Con ella quedó preparado este país, mejor que ningún otro de Europa, después de España, para recibir la órden de los jesuitas, que apenas fundada, encontró en el padre Simon Rodriguez un apóstol fogoso para Portugal, y en el padre Francisco Javier un misionero entusiasta para las Indias.

Rodriguez supo dominar completamente al rey, á la reina, á los infantes, á toda la corte y á toda la nobleza, y con una hueste de compañeros suyos á quienes llamó de España, Francia é Italia, organizó en todo el país una propaganda tan eficaz, que en el año 1546 había ya en Oporto, la segunda capital del reino, 200 jesuitas; y diez años después les fué entregado el colegio real de Coimbra, en cuyo establecimiento recibía su educación la nobleza portuguesa. Con esto y con ser nombrado Rodriguez rector de la universidad, sometió este toda la instrucción del reino á las reglas de su órden.

En tiempo del rey Sebastian (1557-1578) no existía gobierno laico en Portugal sino de nombre. Gobernaban de hecho los confesores, primero durante la regencia de la reina Carolina, después en la del infante cardenal Enrique, y últimamente en la mayor edad de aquel príncipe que había subido al trono en 1568. Entregado en cuerpo y alma á los jesuitas, renunció al matrimonio y á tener sucesión para cumplir el voto de castidad á guisa de fraile. Poseído del fervor por combatir á los infieles, fervor que alimentaban en él sus consejeros espirituales, sacrificó el reino, su corona y su vida en aras de una cruzada aventurera contra los moros de Marruecos, y murió con todo su ejército en la batalla sangrienta de Alcazarquivir el 4 de agosto de 1578. En este

(1) No negaremos que el ejemplo de España tuvo algún influjo en el establecimiento de la inquisición en Portugal. Formado este país de un pequeño jirón de la península española, con población de la misma raza y de la misma historia, habiendo pertenecido antes á la corona de Castilla, teniendo el mismo idioma con corta diferencia y careciendo de fronteras naturales por la parte de España, es lógico que siga como ha seguido siempre los movimientos de esta última. Pero el establecimiento de la inquisición en Portugal y la influencia que allí tomaron los jesuitas se debieron principalmente al fanatismo de la época en general y de D. Juan III, sus ministros y su corte en particular, sin que nada tuviese que hacer para excitarlo el gobierno español. Es cierto que dos papas dieron bulas favorables á la tolerancia y perdón de los judíos convertidos. Estos eran riquísimos y con sus riquezas pudieron influir en la corte de Roma para alcanzar algún alivio á su triste situación; pero el rey y sus consejeros reclamaron y enviaron también á Roma los medios de obtener la revocación de las bulas. Por dos otras veces se repitió este espectáculo, del cual da una idea tan clara como triste el insigne historiador portugués Alejandro Herculano en su *Historia del establecimiento de la Inquisición en Portugal*. (N. del T.)

dia memorable habría quedado extinguida la familia real de Portugal, si no hubiese existido en el infante cardenal Enrique, sexto hijo del rey D. Manuel, un último vástago, cuya subida al trono no hizo más que aplazar por poco tiempo la suerte fatal é inevitable que aguardaba al reino. Con la muerte del rey cardenal ocurrida en 30 de enero de 1580, quedó decidida la incorporación del país á la monarquía de Felipe II y terminó la época heroica de la nación portuguesa, cuyo recuerdo vive imperecedero en *los Lusíadas*, poema épico nacional portugués cuyo autor Camoens, poeta y héroe á la vez, lo escribió en el sitio mismo de sus grandes victorias, en Goa y Malaca, dejándolo á su patria ingrata como único legado de uno de sus hijos que había pasado miserias y desengaños de toda especie hasta su muerte ocurrida en el año 1579.

Sesenta años duró en Portugal el dominio español, siendo para el país un período de opresión inaguantable, de explotación brutal y de pérdidas irremediables. Los holandeses excluidos por un decreto de Felipe II del puerto de Lisboa, el gran depósito de los géneros ultramarinos, buscaron y encontraron el camino de la India, donde arrebataron en el curso de unos 30 años á los portugueses sus mejores posesiones junto con la mayor parte de su comercio lucrativo con las islas de la Sonda, con China y Japon (2).

Una revolución provocada por la desesperación en el año 1640, colocó en el trono de Portugal á la casa de Braganza, con lo cual el país cesó de ser provincia del odiado reino vecino; pero el dominio extranjero continuó, bien que en forma diferente, siendo el destino de los portugueses. En tiempo de Juan IV, primer rey de la nueva dinastía, sostuvieron los portugueses su independencia nacional contra España, y arrancaron el Brasil á los holandeses, los cuales en cambio conquistaron la isla de Ceilan con cuya pérdida quedó destruido para siempre el dominio portugués en las

(2) Esto de la opresión inaguantable y opresión brutal en que vivieron los portugueses desde la época de Felipe II hasta 1640, se resiente de una gran exageración. Felipe II en las cortes de Lamego juró guardar los fueros de Portugal y prometió que todos los empleados públicos del reino serían exclusivamente portugueses. Este juramento y esta promesa fueron escrupulosamente cumplidos por el rey y sus sucesores, de tal suerte, que no hubo en los 60 años ni un solo empleado español en Portugal desde el virey inclusive hasta el último alguacil. Los portugueses ciertamente no tuvieron buen gobierno ni la libertad que hoy se conoce en las naciones modernas; pero fué porque tampoco había nada de eso en España. Por otra parte durante los 60 años no dejó de haber conspiraciones, urdidas principalmente por el clero y los jesuitas portugueses contra la unidad de la península, y además del Prior de Crato que pretendió la corona, se levantaron hasta cuatro impostores que fingieron ser el rey D. Sebastian. En los pulpitos se predicaba públicamente contra la dominación española aun delante de los comisarios del rey, lo cual prueba que no sería tanta la opresión. Si Felipe II excluyó á los buques holandeses del puerto de Lisboa, no fué para hacer daño á Portugal (hubiera sido hacersele á sí mismo), sino porque estaba en guerra con Holanda y era natural que no permitiera la entrada en sus puertos á buques enemigos. La revolución de 1640 no fué provocada por la desesperación, como dice más adelante el autor, siguiendo á su compatriota Schäffer (*Historia de Portugal*, Hamburgo 1850), sino por la ambición de la duquesa de Braganza, doña Luisa de Guzman, española, hija del duque de Medinaceli, y mujer del que por efecto de aquella revolución fué el rey D. Juan IV. Conspirábase entonces en todas partes para desmembrar la monarquía española, y doña Luisa que á toda costa quería ser reina, aprovechó las circunstancias exteriores é interiores para decidir á su débil marido á ponerse al frente del movimiento separatista. No había tropas españolas en Portugal y el movimiento triunfó. Doña Luisa de Guzman fué reina, y, á la muerte de D. Juan, regente del reino; pero al fin de sus días se vió relegada á un convento por su propio hijo Alfonso VI cuyos excesos, cuya opresión y cuyas locuras pusieron á Portugal al borde de su ruina. El autor dice bien cuando dice después que Portugal no adquirió por eso independencia. Dejó de ser provincia española para ser en otra forma colonia del extranjero. (N. del T.)

Indias Orientales; y con los tratados de comercio de 1642 y 1654 pasaron el comercio y riqueza interior de Portugal completamente á manos de Inglaterra (1). Bajo el reinado de los reyes segundo y tercero, Alfonso VI y Pedro II, no llegó el Portugal siquiera á tener un rudimento de política nacional independiente; y en el reinado del cuarto soberano de esta dinastía Juan V (1706-1750), á quien Roma agradecida llamó el *fidélisimo*, concluyeron el clero y los jesuitas de extender su dominio absoluto sobre la corte y la nación, viviendo una décima parte de esta última en 800 conventos y establecimientos monacales dedicada á la vida devota y perezosa, mientras los inmensos tesoros que el rey recibía del Brasil eran derrochados en grandes monumentos religiosos como Mafra y San Roque, en donaciones y otros despilfarros locos. El comercio, la industria, la marina y el ejército, solo existían de nombre; y en lugar de administración interior solo había una desorganización completa.

A la muerte de este rey, ocurrida en 31 de julio de 1750, subió al trono José I, que heredó de su predecesor un pueblo completamente descuidado y un gobierno paralizado en todos sus miembros; pero este soberano que á la sazón contaba 36 años, sin ninguna cualidad ni virtud para dirigir la suerte de una nación, tuvo el acierto de elegir como ministro suyo al único hombre de Estado digno de este nombre que poseía Portugal. Este hombre de Estado fué Sebastian José de Carvalho e Mello, después conde de Oeiras y conocido universalmente por su título posterior de marqués de Pombal (2).

Este hombre justamente célebre, fué hijo de un simple hidalgo de provincia, y nació el 13 de mayo de 1699 en la aldea de Soure cerca de la ciudad de Pombal. Trató de estudiar en la universidad de Coimbra, y habiéndose convencido de que allí no aprendería nada, se alistó en el ejército y llegó hasta el grado de cabo de escuadra con el cual se retiró á la vida privada para dedicarse al estudio de la historia, de la política y de la legislación. Un tío suyo que vivía en Lisboa le presentó después al cardenal Motta, conocedor de los hombres como pocos, y cuya influencia sobre el rey Juan V era ilimitada. El cardenal, descubriendo con su sagacidad habitual en Carvalho un talento y una instrucción nada comunes, recomendó tan eficazmente al rey, á pesar de ser entonces persona enteramente desconocida, que este le nombró en 1733 individuo de la academia de historia con el encargo honoroso de escribir la de varios monarcas portugueses. En el año 1739 el mismo protector poderoso hizo que su protegido fuese enviado de embajador á Inglaterra, donde representó con tanto éxito á su país, tratado desde 1654 hasta entonces por el gobierno inglés poco menos que como vasallo sin derecho propio, que pudo ser enviado con entera confianza á Viena en el año 1745 para servir de mediador en nombre de su país entre las cortes de Roma y Viena que habían invocado la mediación de Portugal en su contienda. La esperanza de que Pombal saldría airoso de su cometido era general y no quedó desmentida. Dotado por la naturaleza de una estatura imponente, de una hermosura varonil, y de una fisonomía expresiva que revelaba á la vez dignidad y gracia, estas cualidades unidas á sus modales finísimos y distinguidos y á una gran facilidad para expresarse, le conquistaron todos los corazones. Con semejantes dotes, aquel hijo de sus propios méritos, venció al orgullo aristocrático y rígido de los grandes de la

(1) Primeros frutos de la independencia. (N. del T.)

(2) La fuente principal de información sobre la vida y actos de este hombre de Estado se encuentra en la obra inglesa: *Memoirs of the Marquis of Pombal; with extracts from his writings and from despatches in the State paper office, never before published*. By JOHN SMITH. 2 tomos. Londres 1843.

corte de Viena donde, habiendo quedado viudo, le dió el conde Ricardo Daun su hija por esposa, y la emperatriz María Teresa dispensó á los dos esposos un afecto que jamás se enfrió. Cuando, llamado por su gobierno, hubo de abandonar la corte de Viena, Blondel, á la sazón ministro de Francia en la misma corte, escribió en una carta del 10 de enero de 1750, lo siguiente: «El señor de Carvalho ha sido durante bastante tiempo ministro portugués en Londres, desde donde su soberano le ha enviado aquí para restablecer la buena inteligencia entre esta corte y la de Roma. Al propio tiempo trajo el encargo de reconciliar al príncipe elector de Maguncia con el Papa. En ambos asuntos ha dado pruebas de habilidad, juicio, rectitud, bondad y sobre todo de grandísima paciencia, habiendo conquistado el afecto no solamente de todos los ministros extranjeros y personas interesadas en su misión, sino también de todos los demás personajes de posición oficial, y de los particulares de alta categoría que viven en esta. Es noble en todo, sin soberbia; es entendido y extraordinariamente hábil. Animado y guiado por principios nobles é intenciones honrosas, busca únicamente el bien general, y me consta que si la emperatriz no ha adoptado mucho antes sus proposiciones pacíficas, no ha sido culpa suya. Es no solamente buen ciudadano, sino amigo fiel, y su partida de esta es lamentada igualmente por la corte y por la ciudad entera.»

Este fué pues el hombre al cual el rey José confió el ministerio de Estado tan pronto como hubo subido al trono. A las pocas semanas tuvo en sus manos todo el gobierno como ministro principal, desplegando no respecto del exterior, sino en el gobierno interior del reino, una actividad como en Portugal jamás se había visto. El objeto supremo de sus tareas y de su energía fué libertar á su país de todo dominio extranjero, y al poder civil de toda intervención eclesiástica.

El punto de vista culminante desde el cual Pombal miraba la situación de su país y la misión de los que lo gobernaban, se desprende de una memoria que escribió en los primeros años de su gobierno y en la cual decía: «No vivimos ya en el período de formación, en el cual fué dado á los legisladores transformar por la sola fuerza de su genio, la forma y constitución de Estados degenerados. Mientras cada pueblo era un mundo aislado y solo miraba por sus intereses según su sistema propio, era muy fácil introducir reformas; pero desde la formación de la confederación europea, es decir, desde que los intereses políticos de un país dependen de otros sobre los cuales ejerce á su vez su influencia, observan todos los gobiernos con atención marcada todos los cambios que meditan sus vecinos; y como los achaques de los débiles son en el fondo la causa de la preponderancia de los fuertes, estos no quieren permitir que los débiles salgan de la inferioridad que es la base de su fuerza. Los medios de reforma que están á disposición de un ministro pierden toda eficacia donde el poder del gobierno se halla desorganizado. Lo mas que puede hacer en semejante caso no consiste en la extirpación de los defectos del sistema existente, sino en encontrar preservativos contra su crecimiento, y en el sostenimiento de la máquina política para impedir su descomposición completa. En el día ya no se valen los gobiernos europeos de la fuerza material para atacar abiertamente á los países que quieren debilitar ó destruir. El mal nace en general de una causa lejana, y cuando se emplean los remedios suele ser tarde, como sucede en las enfermedades arraigadas. En los tiempos modernos suele prepararse la ruina de un país desde larga fecha, realizándose por grados hasta llegar á consumarse. Se aplican insensiblemente uno tras otro los medios de destrucción, y se mina artificialmente la nación á